

# James Baldwin



## Blues de la calle Beale



*La señora Victoria María San Felipe Sánchez de Rogers declara que la noche del 5 de marzo, entre las once y las doce, en el vestíbulo de su casa, fue atacada con fines deshonrosos por un hombre que después reconoció en la persona de Alonso Hunt...*

El tema del falso culpable es uno de los que a lo largo de la historia de la literatura aparecen constantemente como núcleo central de una trama. En «Blues de la calle Beale», Fonny, un joven negro de veintidós años, es acusado de un delito que no ha cometido. Su historia de amor, de sufrimiento y de marginación nos será narrada por boca de Tish, la compañera de Fonny, que espera un hijo de éste.

La lucha de ambos por sobreponerse a su destino de seres marginados por el color de su piel y por su pobreza, en la despiadada Nueva York, conmueve y golpea nuestras conciencias. Al final de la lectura resta un poso de tristeza y ternura que remeda a la perfección el efecto que producen los blues, las tristes canciones de los negros norteamericanos, compuestas para liberarse de la vida, hechas de llanto y de voz.

*Para Yoran*

*Mary, Mary, ¿cómo piensas llamar a este hermoso bebé?*

## I

## AFLICCIÓN EN MI ALMA

**M**E miro en el espejo. Sé que me bautizaron con el nombre de Clementine. Por eso tendría sentido que me llamaran Clem. Y pensándolo bien, hasta podrían llamarme Clementine, ya que ése es mi nombre. Pero no. Me llaman Tish. Supongo que también eso tendrá sentido. Estoy cansada y empiezo a creer que todo lo que sucede tiene sentido. Si no lo tuviera, ¿cómo podría suceder? Pero qué cosas se me ocurren. Sólo puedo pensar así por culpa de la aflicción que siento. Una aflicción sin sentido.

Hoy he ido a visitar a Fonny. Tampoco él se llama así. A él le bautizaron con el nombre de Alonso. Y tendría sentido que le llamaran Lonnie. Pero no, siempre le hemos llamado Fonny. Alonso Hunt: ése es su nombre. Le conozco desde que era niña y espero seguir conociéndole mientras viva. Pero sólo le llamo Alonso cuando no tengo más remedio que incordiarle con algún problema de mierda.

Hoy le he dicho:

—Alonso...

Fonny está en la cárcel. Por eso yo estaba sentada en un banco, frente a una mesa, y él estaba sentado en otro banco, frente a otra mesa. Y los dos nos mirábamos a través de una pared de vidrio. No se oye nada a través de ese vidrio. Así que cada uno de nosotros tenía un teléfono pequeño. Y a través de él nos hablábamos. No sé por qué la gente siempre mira hacia abajo cuando habla por teléfono, pero siempre lo hace. De vez en cuando, hay que acordar-

se de levantar los ojos para mirar a la persona con quien uno habla.

Ahora me acuerdo siempre, porque Fonny está en la cárcel y adoro sus ojos y cada vez que le miro tengo miedo de no volver a verle nunca más. Así que en cuanto llego a ese sitio levanto el teléfono y no dejo de mirar a Fonny ni un segundo.

Por eso cuando dije «Alonso...», él miró hacia abajo y después levantó los ojos y sonrió y sostuvo el teléfono y se quedó esperando.

Eso de mirar a través de un vidrio a la persona a quien uno quiere no se lo deseo a nadie.

Y no le di la noticia como había pensado. Había pensado dársela con toda naturalidad, para que no se afligiera y comprendiera que se lo decía sin que se me pasara por la cabeza la idea de echarle la culpa.

¿Saben ustedes? Conozco muy bien a Fonny. Es muy orgulloso y se preocupa por todo y, ahora que lo pienso, me doy cuenta —aunque él mismo no lo sepa— de que éste es el principal motivo por el cual ahora está en la cárcel. Sí, Fonny ya está metido en demasiados líos como para empezar a preocuparse por mí. Pero sabía que no había escapatoria. Él tenía que saberlo.

Además, se me ocurrió que por la noche, al acostarse, cuando descansara de sus preocupaciones, cuando estuviera solo, completamente solo, metido en la parte más honda de sí mismo, cuando volviera a pensar en la noticia, quizá se alegraría. Y eso podía ayudarle.

Le dije:

—Alonso, vamos a tener un hijo.

Le miré. Sé que sonreí. Fonny puso una cara como si se hubiera zambullido en el agua. Yo no podía tocarle. Y tenía tantas ganas de tocarle. Sonreí de nuevo y las manos se me humedecieron sobre el teléfono y después durante un instante no pude ver a Fonny y sacudí la cabeza y tenía la cara mojada y le dije:

—Estoy muy contenta. Estoy muy contenta. No te preocupes. Estoy muy contenta.

Pero Fonny ya está muy lejos de mí, a solas consigo mismo. Esperé que volviera, vi la sospecha que le pasó como un relámpago por la cara: ¿Será hijo mío? No es que dude de mí. Pero los hombres siempre piensan eso. Y durante esos pocos segundos, mientras se alejó de mí y se quedó a solas consigo mismo, lo único real en el mundo era mi hijo: más real que la prisión, más real que yo misma.

He debido aclararlo antes: no estamos casados. Esto es más importante para él que para mí. Pero lo entiendo. Estábamos a punto de casarnos cuando lo metieron en la cárcel.

Fonny tiene veintidós años. Yo, diecinueve.

Entonces Fonny me hizo esa pregunta ridícula:

—¿Estás segura?

—No, no estoy segura. Te lo digo para fastidiarte.

Entonces Fonny sonrió. Sonrió porque de repente entendió lo que pasaba.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó, como un niño.

—Bueno, no vamos a ahogarlo. Será mejor que lo criemos.

Fonny echó la cabeza hacia atrás y rió, rió hasta que le cayeron lágrimas por la cara. Y yo sentí que ya había pasado ese primer momento que me daba tanto miedo.

—¿Se lo has dicho a Frank? —me preguntó.

Frank es su padre.

—Todavía no —le dije.

—¿Y a tus padres?

—Todavía no. Pero no te preocupes por ellos. Quería que tú fueras el primero en saberlo.

—Bueno, al fin y al cabo no tiene nada de raro —dice Fonny—. Un hijo...

Me miró y después bajó los ojos.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo de siempre. Trabajaré hasta el último mes. Después, mamá y Sis se encargarán de mí. Tú no tienes por qué preocuparte. Además, para entonces ya te habremos sacado de aquí.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con su sonrisita.

—Claro que estoy segura. Siempre estoy segura de eso.

Sé qué pensaba Fonny. Pero yo hago lo posible para no pensar en eso: no en estos momentos, cuando estoy mirándolo. Yo tengo que estar segura.

Apareció el hombre a espaldas de Fonny. Era la hora de irse. Fonny sonrió y levantó el puño, como siempre, y yo levanté el mío y él se puso de pie. Cada vez que le veo en ese sitio me sorprende un poco lo alto que es. Claro que ha perdido peso y es por eso que parece más alto.

Volvió la espalda, traspasó la puerta, la puerta se cerró tras él.

Me sentía mareada. Apenas había comido en todo el día y ya se hacía tarde.

Salí del cuarto para cruzar esos enormes pasillos que he llegado a odiar tanto, esos pasillos más grandes que el desierto de Sahara. El Sahara nunca está vacío; esos pasillos nunca están vacíos. Si uno cruza el Sahara y se cae, los buitres empiezan a volar en círculo, presintiendo, husmeando la muerte. Vuelan en círculos cada vez más bajos: esperan. Saben. Saben con exactitud cuándo estará lista la carne, cuándo dejará de luchar el espíritu. Los pobres siempre están cruzando el Sahara. Y los abogados y los leguleyos y toda esa caterva andan en círculo en torno a los pobres, como buitres. Claro que no son más ricos que los pobres, a decir verdad, y por eso se han convertido en buitres, en devoradores de carroña, en inmundos basureros. Y hablo también de las prostitutas negras, que por muchos motivos son peores aún. Creo que si tuviera que hacer lo que hacen ellas me moriría de vergüenza. Aunque he llegado a pensarlo y ya no sé si me avergonzaría tanto. No sé de qué sería capaz con tal de sacar a Fonny de la cárcel. Aquí nunca

he visto ninguna vergüenza, salvo la que siento yo, y la vergüenza de las negras trabajadoras que me llaman «hija», y la vergüenza de las orgullosas puertorriqueñas que no pueden entender qué ha sucedido —los pocos que hablan con ellas no saben español— y que se avergüenzan de que los hombres a quienes han querido estén en la cárcel. Hacen mal en avergonzarse. Los que deberían avergonzarse son los que están al mando de estas cárceles.

Yo no me avergüenzo de Fonny. Si algo siento por él, es orgullo. Fonny es todo un hombre. Lo demuestra por el valor con que soporta toda esta mierda. Confieso que a veces tengo miedo, porque nadie es capaz de soportar eternamente la mierda que le tiran encima. Lo que hay que hacer es acostumbrarse a vivir al día. Si nos ponemos a pensar en todo lo que nos espera, si hacemos siquiera el intento de pensar en lo que nos espera, es imposible aguantar.

Algunas veces vuelvo a casa en metro; otras veces cojo el autobús. Hoy he cogido el autobús porque tarda un poco más y tengo la cabeza hecha un lío.

Tener problemas produce a veces un efecto raro. No sé si podré explicarlo. Hay días en que nos parece que vivimos como de costumbre, oyendo a los demás, hablando con ellos, trabajando o, por lo menos, viendo que el trabajo queda hecho. Pero la verdad es que en esos días no vemos ni oímos a nadie; y si alguien nos pregunta qué hemos hecho durante el día, tenemos que pensar un rato antes de contestar. Pero al mismo tiempo, y en esos mismos días —esto es lo más difícil de explicar—, vemos a los demás como nunca los hemos visto. Todos brillan como filos de navajas. Quizá sea porque antes de que empezaran nuestros problemas los mirábamos de otro modo. Quizá sea porque ahora nos interesamos mucho más por ellos, y de manera muy distinta, y eso nos los hace ver como a extraños. Quizá sea porque estamos asustados, confundidos, y ya no sabemos con quién podremos contar en el futuro para que nos ayude.

Y aunque los demás quisieran ayudarnos, ¿qué podrían hacer por nosotros? Yo no puedo decir a cualquiera que viaje en este autobús: «Óigame, Fonny anda metido en líos y está en la cárcel». (¿Se imaginan qué pensarían en este autobús si supieran por mis propios labios que quiero a alguien que está en la cárcel?) «Y yo sé que no ha cometido ningún delito; es una persona maravillosa: por favor, ayúdeme a sacarlo». ¿Se imaginan lo que pensarían en este autobús? ¿Qué pensarían ustedes? No puedo decir: «Estoy dispuesta a tener a mi hijo, y al mismo tiempo tengo miedo, y no quiero que le pase nada malo al padre de mi hijo. ¡Por favor, no permitan que se muera en la cárcel!». Uno no puede ir diciendo esas cosas. Lo cual significa que uno no puede decir nada. Tener problemas es lo mismo que estar solo. Uno se sienta, mira por la ventanilla y se pregunta si se pasará el resto de la vida yendo y viniendo en este autobús. Y en ese caso, ¿qué sería de la criatura? ¿Y qué sería de Fonny?

Y cuando a uno le ha gustado la ciudad, descubre que ya no le gusta. Si alguna vez salgo de esto, si alguna vez salimos de esto, juro que no volveré a poner un pie en el centro de Nueva York.

Hace mucho tiempo me gustaba, cuando papá nos llevaba a mí y a Sis a pasear por el centro, y mirábamos la gente y los edificios, y papá nos mostraba tantas cosas, y a veces nos parábamos en Battery Park y comíamos helados y salchichas. Aquélla era una época maravillosa y siempre estábamos muy contentos: pero era a causa de nuestro padre, y no de la ciudad. Era porque sabíamos que nuestro padre nos quería. Ahora puedo decir, porque lo sé muy bien, que la ciudad nunca nos quiso. La gente nos miraba como si fuéramos cebras. Y ya saben ustedes: hay gente que les tiene simpatía a las cebras, y otras que no. Pero nadie trata a las cebras como a personas.

Es cierto que no conozco muchas ciudades: apenas he visto Filadelfia y Albany. Pero juro que Nueva York tiene

que ser la ciudad más fea y sucia del mundo. Tiene que ser la que tiene los edificios más feos y la gente más perversa. La que tiene los peores policías. Y si realmente existe un lugar más horrible que éste, ha de ser tan parecido al infierno que apestará a carne humana frita. Y, ahora que lo pienso, ése es el olor de Nueva York en verano.

Conocí a Fonny en las calles de esta ciudad. Yo era pequeña; él, no tanto. Yo tendría unos seis años; él, cerca de nueve. Vivían en la acera de enfrente, él y su familia: su madre, sus dos hermanas mayores y su padre, que tenía una sastrería. Cuando me acuerdo, me pregunto para qué tendría esa sastrería: no conocíamos a nadie con bastante dinero como para encargarse ropa en una sastrería. Bueno, quizá muy de vez en cuando... Pero no creo que nosotros pudiéramos ser clientes de ningún sastre. Claro que, según me han dicho, la gente, la gente de color, ya no era tan pobre como cuando papá y mamá se conocieron. Ya no eran tan pobres como cuando estábamos en el sur. Pero les aseguro que éramos bastante pobres. Y todavía lo somos.

Fonny nunca me interesó hasta que nos mezclamos en una pelea. En realidad, ni Fonny ni yo teníamos nada que ver con la pelea. Yo tenía una amiga que se llamaba Geneva; era una niña barullera, andrajosa, con trencitas bien tirantes en la cabeza, grandes rodillas de color ceniza, piernas largas y pies enormes. Y siempre se estaba metiendo en líos. Naturalmente, era mi mejor amiga. Porque yo nunca me metía en líos. Yo era flaca y siempre tenía miedo y la seguía a todas partes y me complicaba en las mierdas que ella armaba. La verdad es que no había otra chica que me quisiera a mí y ya se habrán imaginado ustedes que no había otra que la quisiera a ella. Bueno, Geneva me dijo que no podía aguantar a Fonny. Cada vez que le miraba le daban ganas de vomitar. Continuamente me decía lo feo que era, con aquella piel de color patata cruda y mojada, aque-

llos ojos de chino, aquel pelo rizado, aquella boca como de trompeta. Y tan patituerto que tenía duricias en los tobillos. Y a juzgar por lo levantado que tenía el culo, debía de ser hijo de una gorila. Yo estaba de acuerdo con ella porque no tenía otro remedio, pero la verdad es que no me parecía tan feo. Los ojos de Fonny me gustaban bastante y, para ser franca, pensaba que si los chinos tenían los ojos así no me habría importado irme a la China. Nunca había visto a una gorila, así que el culo de Fonny era perfectamente normal para mí; y, pensándolo bien, no era tan grande como el de Geneva. Y tardé mucho tiempo en darme cuenta de que sí, era cierto, Fonny tenía las piernas torcidas. Pero Geneva siempre andaba dando vueltas alrededor de Fonny. Creo que él ni siquiera se fijaba en ella. Siempre estaba ocupado con sus amigos, que eran los peores chicos del barrio. Siempre estaban corriendo por la calle, andrajosos, sangrando, cubiertos de magulladuras. Y justo antes de aquella pelea le habían roto un diente a Fonny.

Fonny tenía un amigo que se llamaba Daniel. Era un negro grandote que le tenía ojeriza a Geneva casi tanto como Geneva a Fonny. No me acuerdo de cómo empezó la cosa. Pero al fin Daniel y Geneva cayeron rodando al suelo y yo tiraba de Daniel para sacársela de entre las manos y Fonny tiraba de mí. Me volví y le golpeé con lo único que encontré a mano, algo que cogí del cubo de la basura. Era sólo un palo, pero tenía un clavo. El clavo se le hundió en la mejilla. Empezó a salirle sangre. Me dio tanto miedo que no pude creer lo que veía. Fonny se puso la mano en la cara y después me miró y después se miró la mano y a mí no se me ocurrió nada mejor que soltar el palo y salir corriendo. Fonny corrió detrás de mí. Para empeorar las cosas, Geneva vio la sangre y empezó a chillar: «¡Tish le ha matado! ¡Tish le ha matado!». Fonny me alcanzó en un segundo y me agarró y me escupió por el agujero del diente caído. El escupitajo me acertó justo en la boca y... Me sentí tan humillada (quizá porque Fonny no me había pegado ni me

había hecho daño, ni nada de lo que yo esperaba) que empecé a chillar y a llorar. Es raro. Tal vez mi vida cambió en el momento en que Fonny me escupió en la boca. Geneva y Daniel, que habían empezado el barullo y no tenían ni un rasguño, empezaron a gritarme a la vez. Geneva decía que le había matado, sí, le había matado, la gente cogía el tétanos cuando se hacía una herida con clavos oxidados y se moría. Y Daniel dijo que era cierto, que él tenía un tío que había muerto así. Fonny les oía y la sangre seguía chorreándole y yo seguía llorando. Al fin él debió de darse cuenta de que hablaban de él, y de que ya era hombre —o niño— muerto, porque también él se puso a llorar y entonces Daniel y Geneva se lo llevaron, dejándome sola.

No vi a Fonny durante un par de días. Estaba segura de que tenía el tétanos y estaba muriéndose. Y Geneva decía que en cuanto muriera, cosa que podía ocurrir en cualquier momento, la policía iría a buscarme para llevarme a la silla eléctrica. Yo vigilaba la sastrería, pero todo parecía normal. El señor Hunt estaba allí con su cara sonriente color café con leche, planchando pantalones y diciendo bromas a quien estuviera en la tienda (siempre había alguien en la tienda), y de vez en cuando aparecía la señora Hunt. Era una mujer muy religiosa, que nunca sonreía mucho; pero ninguno de los dos parecía preocupado por tener un hijo moribundo.

Así que, cuando pasaron dos días sin que pudiera ver a Fonny, esperé el momento en que todos se fueron de la sastrería y el señor Hunt se quedó solo y crucé la calle. El señor Hunt me conocía un poco; todos nos conocíamos en aquella calle.

—Hola, Tish —me dijo—. ¿Cómo te va? ¿Cómo está tu familia?

—Bien, señor Hunt —dije.

Tenía ganas de preguntar: «¿Cómo está su familia?», que era lo que decía siempre y había pensado decir, pero

no podía.

—¿Cómo van las cosas por la escuela? —me preguntó el señor Hunt un rato después; y pensé que me miraba de un modo muy raro.

—Oh, como siempre —dije, y el corazón me empezó a latir como si fuera a salirse del pecho.

El señor Hunt bajó una de esas dos tablas de planchar que usan en las sastrerías —son como dos tablas de planchar, una encima de la otra—, bajó una de esas tablas, digo, y me miró un instante. Después rió y dijo:

—Creo que ese hijo mío que se cree tan guapo volverá muy pronto.

Oí lo que dijo y entendí... algo; pero no sabía qué había entendido.

Caminé hacia la puerta como para irme de la tienda. Después me volví y pregunté:

—¿Cómo dice, señor Hunt?

El señor Hunt seguía sonriendo. Levantó la tabla de planchar, dio la vuelta a los pantalones o lo que había en la tabla de abajo y dijo:

—Fonny. Su madre lo ha mandado unos días a casa de sus abuelos. Dice que aquí siempre se está metiendo en líos.

Bajó de nuevo la tabla.

—Lo que ella no sabe son los líos en que se meterá también allí...

Entonces me miró y sonrió. Cuando llegué a conocer mejor a Fonny y a su padre me di cuenta de que Fonny tenía la misma sonrisa.

—Le diré que has venido a verle —dijo.

—Muchos saludos a su familia, señor Hunt —contesté.

Y crucé la calle corriendo.

Geneva estaba en los escalones de la entrada de mi casa y me dijo que parecía una loca y que por poco no la había atropellado.

Me paré y le dije:

—Eres una mentirosa, Geneva Braithwaite. Fonny no tiene el tétanos y no se va a morir. Y no me mandarán a la cárcel. Anda, pregúntaselo a su padre.

Entonces Geneva me miró de un modo tan raro que entré corriendo en casa y subí a trancas y barrancas y me senté en la escalera de incendios, pero medio metida en la ventana, para que ella no pudiera verme.

Fonny volvió cuatro o cinco días después y fue hasta la entrada de mi casa. No tenía ni la menor cicatriz. Llevaba dos pasteles. Se sentó en los escalones de mi entrada.

—Perdóname por haberte escupido en la cara —dijo. Y me dio uno de los pasteles.

—Perdóname por haberte hecho daño —le dije.

Y después no hablamos. Él se comió su pastel y yo el mío.

La gente no cree que entre niños y niñas de esa edad ocurran esas cosas; la gente no está dispuesta a creer en demasiadas cosas, y empiezo a comprender por qué. Pero la verdad es que Fonny y yo nos hicimos amigos. O más bien, aunque en realidad era lo mismo, nos hicimos más que amigos, algo en lo que también la gente se niega a creer: yo me convertí en la hermana menor de Fonny, y Fonny en mi hermano mayor. Él no quería a sus hermanas y yo no tenía hermanos varones. Así que cada uno de nosotros dos llegó a ser lo que al otro le hacía falta.

Geneva se enfadó conmigo y dejó de ser mi amiga; aunque ahora que lo pienso fui yo quien, sin saberlo, dejé de ser amiga de ella. Porque ahora, y sin saber tampoco qué significaba eso, tenía a Fonny. Daniel se enfadó con Fonny, le dijo que era un marica por andar perdiendo el tiempo con niñas y dejó de ser amigo de Fonny durante mucho tiempo. Hasta llegaron a las manos y Fonny perdió otro diente. Creo que en aquella época la gente que veía a Fonny estaba segura de que había crecido sin un solo diente en la boca. Recuerdo que dije a Fonny que subiría a casa para buscar las tijeras de mi madre y matar a Daniel, pero